



EL SOLDADO DE PLOMO

CUENTO DE ANDERSEN

Había una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, porque todos eran hijos de una vieja cuchara de plomo. ¡Qué soberbia presencia tenían con el arma al brazo, la mirada fija y el uniforme blanco y encarnado!

La primera palabra que habían oído en este mundo, cuando destaparon la caja que los contenía, fué ésta: «¡soldados de plomo!», que acababa de pronunciar un niño batiendo palmas. Le habían sido regalados el día de su santo y se entretenía en formarlos en fila sobre la mesa.

Todos los soldados eran exactamente iguales, á excepción de uno que sólo tenía una pierna. Era el último que habían echado en el molde, y no hubo plomo bastante para hacerlo completo. Sin embargo, manteníase sobre su única pierna con tanta firmeza como los otros sobre las dos. A este soldado precisamente es á quien nos importa conocer.

Sobre la mesa donde estaba formada la tropa había otros muchos juguetes; pero lo más curioso de todo era un bonito castillo de papel. A través de sus ventanitas se podían ver los salones. En la parte exterior elevábanse algunos árboles. rodeando á un pedacito de espejo que hacía las veces de

lago, en el cual nadaban y se reflejaban varios cisnes de cera.

Todo esto era muy bonito; pero había otra cosa más bonita aún y era una señorita que estaba de pie á la puerta del castillo. También era de papel la señorita, pero llevaba un jubón de tela transparente y muy ligera, y sobre los hombros, á guisa de banda, una cintita azul que bajaba hasta su cintura. La señorita tenía los brazos extendidos, porque era bailarina, y levantaba una pierna tan alta, que el soldado de plomo, no pudiendo descubrirla, llegó á pensar que la señorita era coja como él.

—He aquí una mujer que me convendría—se dijo;—pero es demasiado gran señora. Ella vive en un castillo, mientras que yo vivo en una caja, en compañía de veinticuatro compañeros, y no tendría donde ponerla. Sin embargo, yo he de hacer conocimiento con ella.

Y al decir esto, se ocultó detrás de una tabaquera. Allí podía contemplar á su satisfacción á la elegante señorita, que se mantenía siempre sobre una pierna sin perder el equilibrio.

Llegada la noche, todos los otros soldados fueron encerrados en su caja, y la gente de la casa se marchó á dormir. Entonces los objetos que había sobre la mesa empezaron á girar solos. Los soldados de plomo hubieran querido tomar parte en el holgorio; pero ¿cómo levantar la tapa de la caja? Un rompe-



nueces saltaba, un lápiz trazaba mil líneas extrañas sobre la mesa. El estrépito llegó á tal extremo, que se despertó el canario y empezó á cantar. Los únicos que no se movían eran el soldado de plomo y la bailarina. Ella siempre sobre la punta del pie y con los brazos extendidos; él intrépidamente apoyado en su única pierna y sin dejar de mirar á la joven.

Dieron las doce de la noche, y ¡era! la tapa de la tabaquera salta; pero en vez de tabaco descubre á un duendecito negro. Era un juguete de sorpresa.

—Soldado de plomo—dijo el duende,—á ver si echas tus miradas por otro lado.

Pero el soldado hizo que no lo oía.

—Deja que llegue mañana y ya verás—repuso el duende.

Al día siguiente, cuando los niños se levantaron, pusieron al soldado de plomo sobre la ventana; mas de repente, empujado por el duende ó por el viento, se cae de cabeza á la calle. ¡Qué caída tan tremenda! Vióse con la pierna en el aire, su cuerpo descansando sobre su chaco, y la bayoneta clavada entre dos piedras.

La criada y el niño más pequeño bajaron á buscarle; pero aunque en nada estuvo que le reventaran de un pisotón, no le vieron. Si el soldado hubiera dicho: «¡Eh, cuidado que estoy aquí!», le habrían descubierto; pero él creyó que esto sería deshonorar el uniforme.

Comenzó á llover; las gotas fueron sucediéndose cada vez más rápidamente, y sobrevino un verdadero diluvio. Cuando hubo escampado, dos pilluelos pasaron por allí.

—¡Eh! ¡eh!—dijo uno—ven, mira qué soldado. ¿Vamos á hacerle navegar?

Hicieron un barco con un periódico viejo, pusieron el soldado dentro y lo echaron al arroyo.

(Continuará.)



LABORES DE ADORNO

FRIVOLITÉ

Por su facilidad y sencillez se denominó sin duda *frivolidad* esta labor, que ha conservado su nombre francés entre nosotros, y ha cambiado de género solamente, pues por acá le llamamos *el frivolité*. La labor no es frívola por carecer de utilidad, pues son muchas sus aplicaciones para decorar ropa de niños, visillos, caminos de mesa, *stores*, acericos, etc., etcétera.

Vale, pues, la pena de que, á imitación de los periódicos infantiles parisienses, demos á nuestras lectoras de GENTE MENUDA, algunas explicaciones sobre esta caprichosa labor.

Para ello no necesitamos más que una lanzadera, de marfil ó de hueso, en la que devanaremos el hilo.

La ejecución del *frivolité* consiste en una sencilla lazada de festón hecha al aire, y cuyo resultado es una puntilla de onda, con la que se pueden guarnecer muchos objetos, y unas flores sueltas, con las que se pueden formar muchísimas combinaciones.

Comencemos, pues, por las lazadas y expliquemos las distintas posiciones de las manos con ayuda de las figuras que acompañan estas notas.

Primera posición.

—Se toma con la mano derecha la lanzadera, entre los dedos pulgar y medio, dejando suelto un largo cabo de hilo.

El extremo de éste se coge con los dedos pulgar é índice de la mano izquierda, se le deja rodear esta mano con una vuelta floja y vuelve á sujetarse con los mismos dedos que retienen el extremo del hilo. (Fig. 1.^a)

Segunda posición.—Pásase la lanzadera por debajo del hilo que rodea la mano, dirigiéndola hacia el pecho, y tomándola, cuando está á medio pasar, con los dedos índice

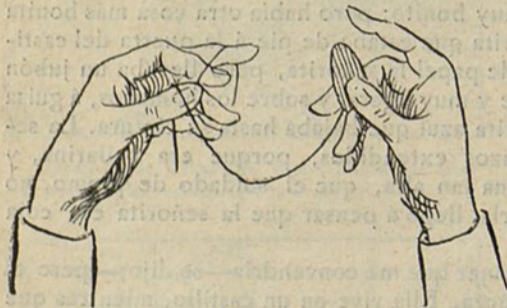


FIG. 1.^a

y pulgar de la mano derecha (fig. 2.^a) y tirando del hilo horizontalmente. Al mismo tiempo, se afloja el que rodea la mano izquierda, que formará un punto de festón sobre el hilo tirante de la lanzadera, y este punto se correrá con el dedo medio de la mano izquierda junto á los índice y pulgar que retienen el hilo, volviendo todos los dedos á recobrar su primera posición.

Procúrese, sobre todo, que esté tirante el hilo de la lanzadera, pues esto es indispensable. Adviértase, para convencerse de esta necesidad, que todas las lazadas se hacen sobre este hilo por el que rodea la mano izquierda, y que de no tener el primero bastante tirante, se harían nudos y no se podría continuar la labor, mientras que teniendo cuidado de que la hebra

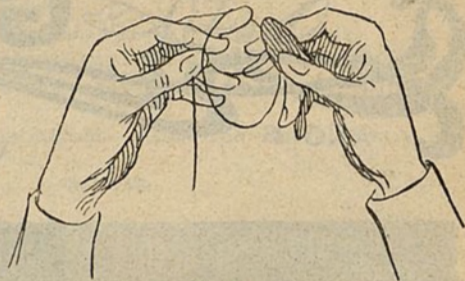


FIG. 2.^a

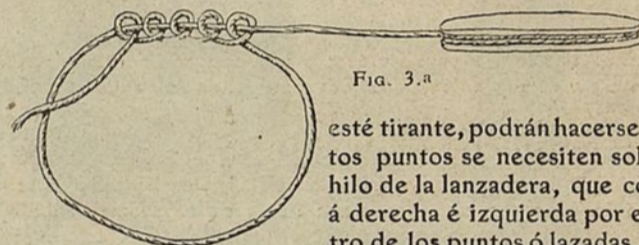


FIG. 3.^a

esté tirante, podrán hacerse cuantos puntos se necesiten sobre el hilo de la lanzadera, que correrá á derecha é izquierda por el centro de los puntos ó lazadas, como un cordón corre por el hueco de una jareta (fig. 3.^a).

De esta suerte, pueden transformarse los puntos hechos en línea recta, en circulitos ú ondas, presillas, hojas, etc. (Fig. 4.^a).

La lazada que hemos explicado es *la del derecho*. Para la llamada del revés ó doble, se colocan las manos y el hilo como en la anterior; pero en vez de dejar caer por delante el que pende de la lanzadera, como en la figura 2.^a, se echa por detrás de la mano, y al pasar la lanzadera para hacer el punto, no se dirige, como antes, la punta hacia el pecho, sino del pecho afuera, sacando la punta por entre el dedo índice y el medio y apretando el



FIG. 4.^a

nudo del modo ya indicado (fig. 5.^a).

La lazada del revés es preferible á la sencilla; pero lo general es alternarlas, haciendo una del derecho y otra del revés, con lo cual resulta más bonita la labor.

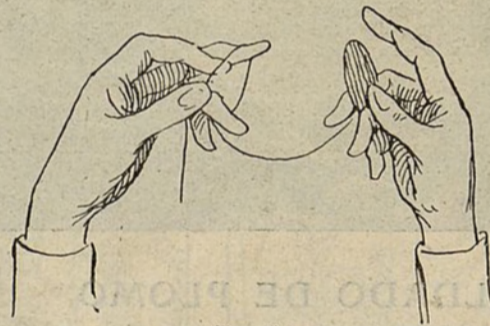


FIG. 5.^a

Ejercítense nuestras pequeñas lectoras en estos preliminares, tirando hacia atrás y hacia adelante el hilo de la lanzadera, para asegurarse de si están bien hechas las lazadas, según corra bien ó mal, y cuando sus dedos adquieran un poco de práctica y agilidad, podrán ejecutar las aplicaciones del *frivolité*, que en otro articulejo les explicaremos.



EL REGIMIENTO QUE PASA

Yo no sé si lo he leído
ó si lo escuché contar;
pero en fin... allá va un cuento
con ribetes de verdad.

Cierto día, en cierta calle,
se oyó el alegre sonar

de cornetas y tambores
con su armonía marcial.
En seguida los vecinos
abrieron de par en par
los balcones y ventanas,
llenos de curiosidad.
Un regimiento que pasa

Gente Menuda

invita á verle pasar,
que es en verdad animado
ver lo brillante que va.
Delante los gastadores
en formación tan igual,
y tras ellos los cornetas
alternando en el tocar.
La banda tocando marcha,
y á su marcado compás
toda la fuerza marchando
con la mayor igualdad.
En el piso no sé cuántos
de una casa, vieja ya,
que empezando por arriba
era cuarto principal,
se asoman al antepecho
á ver la tropa pasar,
una mujer muy hermosa
y un niño de tierna edad.
La joven, con gran fijeza,

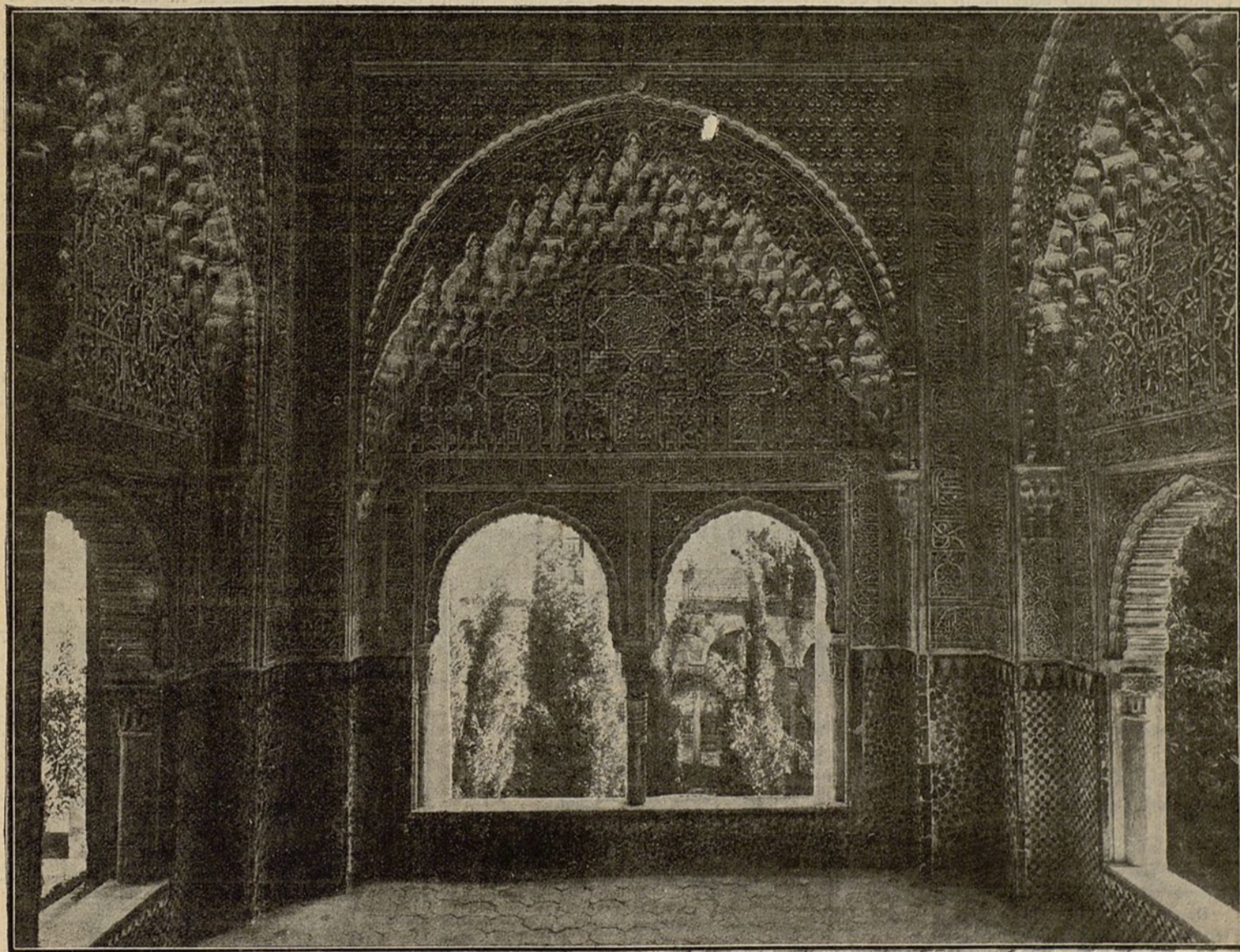
según que pasando van,
observa á los militares
con mucha curiosidad.
De pronto brilla en sus ojos
una alegría especial;
lleva su mano á los labios,
besa sus dedos, y ¡zás!
tira aquel beso á la calle
sin decirles ¡allá vá!
No faltó quién vió la cosa,
y cual la electricidad,
corre veloz la noticia
por la gente militar.
Y todos, interiormente,
tienen la seguridad
de que á ellos se dirige
el beso, sin más ni más.
El cabo de gastadores
murmura:—Pus claro está,
á mí ha sío. ¡Si yo tengo

facha, así, de general!
El tambor mayor pensaba:
—Claro, ¿adónde va á parar?
¿Hay alguno de más talla
ni de más bigote? ¡Quial
El coronel meditaba:
—¿Quién me va á mí á disputar
la primer categoría,
siendo el jefe principal?
Y todos, cual más cual menos,
sintieron tal vanidad,
desde el último recluta
hasta el primer oficial.
Pero, ¡vive Dios!, que todos
se engañan á no dudar.
El beso es para el más viejo
y para el menos galán,
algo cargado de espaldas
y poco airoso al andar.
Doctor, ó médico, ó fisico,

como le quieran llamar,
siempre va con los soldados
en la guerra y en la paz.
Feliz él, que nunca tiene
obligación de matar.
Le manda el beso la hija
de un valiente capitán
que herido cayó en la guerra
y por él curado está.
Dejad hablar á la gente,
presumir y criticar
sobre el beso de la joven;
ya sabemos dónde va:
á la Ciencia se lo envía
el cariño más leal.
Ese es el rey de los besos
y dan ganas de gritar
á la banda de cornetas
¡que toque la Marcha Real!

C

LOS GRANDES MONUMENTOS



LA ALHAMBRA. MIRADOR DE LINDARAJA ¿Quién no ha oído celebrar el portentoso palacio de los monarcas nazaritas de Granada? Para nadie es desconocida la célebre Alhambra, donde los artistas árabes dejaron recuerdo imperecedero de su fantasía. Situada sobre una roja colina cuyas faldas besan las aguas del Darro, rodeada de un frondoso bosque, dibujados sus torreones sobre un cielo de un azul intenso, se levanta el hoy solitario palacio árabe, que en un tiempo rodeaban otros alcázares y construcciones que constituían la ciudad regia *Medina Alhambra*.

Suntuosas estancias, bellas galerías, hermosos patios quedan aún de aquel soberbio alcázar, por los que puede formarse idea de su maravilloso efecto en los buenos tiempos de sus regios moradores.

Como muestra de esta riqueza artística publicamos una vista interior del mirador de Lindaraja. Se cree que este nombre es corrupción de las palabras árabes *Gin-dar-Axa*, que quieren decir jardín del palacio de Aixa, la reina madre de Boabdil, aquella de quien es fama que dijo á su hijo cuando lloraba al despedirse para siempre de Granada: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre.»

El mirador de Lindaraja es una estancia pequeña, que encierra los más celebrados primores. El arco de entrada es notabilísimo, y quizá no hay en toda la Alhambra otro tan rico de decoración.

La tracería árabe, de madera calada y cristales de colores que sirven de bóveda al mirador, y las celosías que cubrirían los huecos de los tres *ajimeces*, son el complemento de las bellezas de este sitio, que, según los datos de los escritores, formó parte de la residencia de una sultana.

En las inscripciones que adornan sus muros hay composiciones poéticas, saluciones al sultán Abu-Abdallah é invocaciones religiosas. Este cuarto es uno de los que están mejor conservados en la Alhambra.

UN CALCULO MARAVILLOSO

He aquí un juego sumamente fácil. Para poder daros tono de adivinadores, no tenéis sino reunir en un montón fichas, monedas, garbanzos ú otros objetos cualesquiera, que pasen de treinta.

Colocáis el montón sobre una mesa, y encargáis que os venden los ojos con un pañuelo, para que conste que vais á adivinar sin necesidad de ver los objetos. Decid que hagan tres montones iguales, y que vais á hacer que queden en el de en medio el número de objetos que os señalen previamente, sin saber los que contiene cada uno.

—¿Qué número queréis que quede?—preguntáis entonces. Supongamos que os contestan cuatro.

Entonces mandáis retirar tres del montón de la izquierda, y echarlos en el de en medio, y otros tres del de la derecha, que echarán igualmente en el montón central.

Luego haced que cuenten los que han quedado en el de la izquierda, y que quiten otros tantos del montón central y los pongan en el de la derecha. Hecho esto, ordenad que quiten del de en medio cinco más, y quedarán los *cuatro* que os habían señalado.

Como el vendado adivinador ignora el número de objetos que han puesto en los montones, produce verdadero asombro que pueda saber cuántos ha de mandar quitar para que queden los que le han dicho, y, sin embargo, la cosa es bien sencilla.

Cuando se han hecho los tres montones, no es necesario ver nada para acertar; basta con que de cada uno de los laterales se quiten tres y se resten los que quedan en uno de ellos de los que tiene el montón central, para que éste quede reducido exactamente á *nueve*. Sabido esto, no tenéis más que

añadir ó quitar al número nueve lo que le falte ó le sobre para el número que os han señalado de antemano.

Haced privadamente la prueba varias veces para aseguraros de que, practicadas las primeras operaciones con los tres montones iguales, siempre quedan *nueve* en el de en medio, y una vez convencidos de que es así, podréis hacer el juego con toda tranquilidad, que admirará á cuantos ignoren su facilísimo secreto.



ANÉCDOTAS

Un chino muy rico llevaba un traje cubierto de piedras preciosas. Siempre que se encontraba en la calle á un bonzo, muy pobremente vestido, veía que éste se paraba, le examinaba de pies á cabeza, y haciéndole una reverencia, le decía:

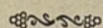
—¡Muchas gracias, señor!

Como siempre ocurría lo mismo, el chino le preguntó un día:

—¿Por qué me das las gracias cuando miras mis diamantes, si no te he dado ni ofrecido ninguno?

El sacerdote, le respondió:

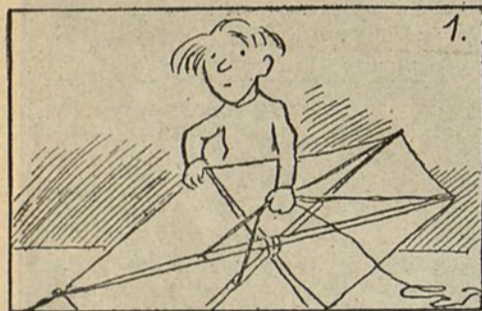
—Como el mérito de esas piedras consiste en su hermosa vista, te agradezco que me proporciones el placer de contemplarlas lo mismo que tú. Entre los dos no hay más diferencia, sino que tú vas cargado con ellos y yo no.



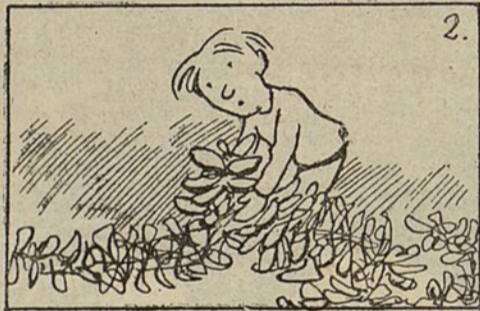
Deseando Francisco I, de Francia, elevar á una gran dignidad á uno de los hombres más sabios de su tiempo, le preguntó si era de sangre noble.

—Señor—respondió el sabio,—en el arca de Noé había tres hermanos, no sé á punto fijo de cuál de los tres procedo.

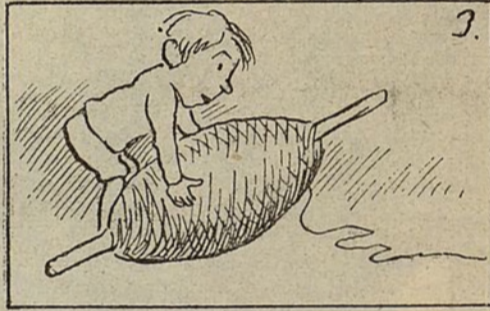
LA COMETA DE AGAPITO



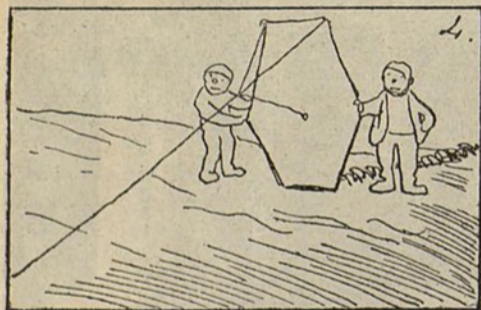
¡Vaya una cometa que le regalaron á Agapito el día de su cumpleaños! ¡Era grandísima!



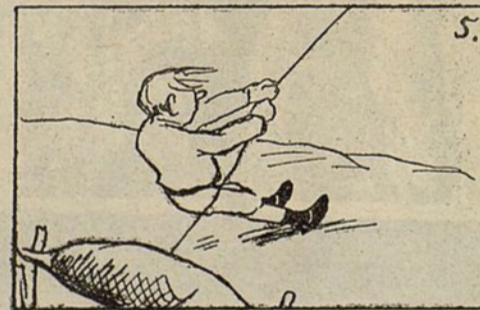
¡Pues y la cola! ¡Qué sé yo los metros que tenía de papelitos rizados de todos colores!



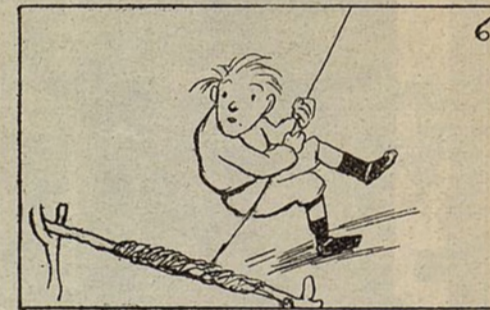
¡Pues y el ovillo! Quien es capaz de saber los kilómetros de bramante que tenía.



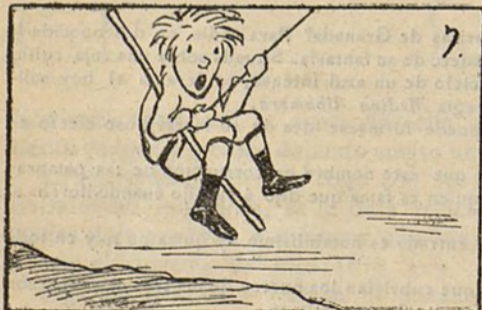
Dos criados de su casa le ayudaron á remontarla, una tarde de gran viento.



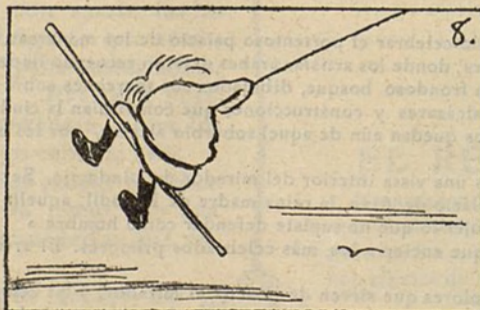
La cometa comenzó á subir perfectamente, y Agapito fué soltando hilo...



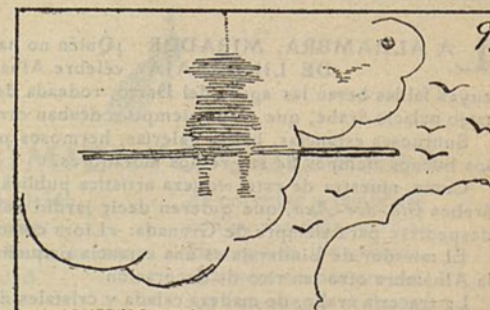
Mas el hilo se acababa y la cometa seguía subiendo á más y mejor.



En esto, el palo del ovillo se le enreda entre las piernas, y Agapito pierde pie.



Vaya un modo de volar por los aires el afortunado aeronauta.



Acabó Agapito por perderse entre las nubes cada vez más espantado. (Continuará.)